
El clero francés en tiempos del Cura de Ars

The French Clergy in the Time of the Curé of Ars

Marcel LAUNAY

Département Histoire. Université de Nantes. Chemin la Censive du Tertre. 44312 NANTES. CEDEX 3.
marcel.launay@wanadoo.fr

Resumen: El presente artículo analiza la situación del clero francés desde la salida de la Revolución francesa y la firma del Concordato de 1801 hasta mitad de siglo. Se estudia la recuperación de la Iglesia católica en la Francia post-revolucionaria, haciendo hincapié en las circunstancias que rodeaban la formación de los futuros sacerdotes. Luego, se explica el estado de las parroquias, para pasar a explicar los métodos de transmisión de la fe y de santificación de la parroquia, con la práctica sacramental. En un último punto, se habla de la sociabilidad clerical y de la visión que tienen los fieles del sacerdote, especialmente por parte de las autoridades municipales.

Palabras clave: Cura de Ars, Juan María Vianney, siglo XIX, clero francés

Abstract: The article discusses the situation of the French clergy from the outbreak of the French Revolution and the signing of the Concordat of 1801 to the mid-19th century. It studies the recovery of the Catholic Church in post-revolutionary France, focusing on the circumstances related to the preparation of future priests. It also discusses the condition of parishes, the methods used to transmit the faith and sanctification through the practice of the sacraments. Finally, it deals with the sociability of the clergy and the impression that the faithful and especially the municipal authorities have of priests.

Keywords: Curé of Ars, John Marie Vianney, 19th century, French clergy

«¿Qué es el sacerdote? –decía Juan María Vianney– Un hombre que ocupa el lugar de Dios. Un hombre que está revestido de todos los poderes de Dios... Fijaos en el poder del sacerdote. La lengua de un sacerdote hace de un trozo de pan un Dios, lo cual es más que crear un mundo... Si yo me encontrara a un sacerdote y a un ángel, saludaría antes al sacerdote que al ángel»¹. La literatura eclesiástica de la primera mitad del siglo XIX, en el momento en que se concluye la reconstrucción post-concordataria en muchas diócesis francesas, evoca con frecuencia, en efecto, el «sublime ministerio». Este es el que se esforzará en ejercitar el Cura de Ars, sirviendo en una pequeña parroquia en las Dombes, en la diócesis de Belley (1818-1859). Confesor taumaturgo, nombrado patrón de los párrocos de Francia por Pío X en 1905 y de los sacerdotes de todo el mundo por Pío XI en 1929². Pero, ¿qué fue de esos miles de sacerdotes, mayoritariamente salidos del medio rural, que ejercitan su ministerio como párrocos, capellanes o vicarios, que chocaban diariamente con las dificultades de un ministerio tantas veces ingrato, respecto a este ideal?

I. LA RECUPERACIÓN DEL CLERO

El gran problema de la Iglesia en Francia, después de la Revolución y del Concordato de 1801, ha sido la reconstitución de un cuerpo sacerdotal en parte diezgado o envejecido y dividido entre constitucionales y refractarios³. Era necesario relanzar un reclutamiento muchas veces difícil. En 1809 sobre un total de 31.870 sacerdotes seculares, más de 10.000 tenían una edad superior a los sesenta años y un millar estaba por debajo de los cuarenta. En 1820, F. De Lamennais podría escribir aún: «Habiendo sido suspendidas casi por completo las ordenaciones durante quince años, ahora mismo entre el clero hay proporcionalmente más sacerdotes ancianos, y en consecuencia, más defunciones que antaño. Es como pertenecer a una familia donde solo hubieran sobrevivido los antepasados»⁴. No fue sino progresivamente que se logró esta recuperación hasta llegar a la cifra de 45.456 sacerdotes en 1848, con desigualdades entre las diócesis, ya que las tierras tradicionalmente cristianas se recuperaron más rápidamente (el este, el Oeste-Bretaña, el este del Macizo Central, etc.)⁵. Hasta la víspera de la Monarquía de Julio, la cifra anual de ordenaciones no

¹ Citado por Philippe BOUTRY, *Prêtres et paroisses au pays du curé d'Ars*, Paris 1986, p. 185.

² Una de las primeras biografías de J.M. Vianney, Alfred MONNIN, *Le curé d'Ars*, 2 vols., Paris 1861.

³ Rodney J. DEAN, *L'Eglise constitutionnelle. Napoléon et le concordat de 1801*, Paris 2004. También, Bernard ARDURA, *Le concordat entre Pie VII et Bonaparte*, Paris 2001.

⁴ Citado por Pierre PIERRARD, *Le prêtre français du concile de Trente à nos jours*, Paris 1986, p. 70.

⁵ Gerard CHOLVY et Yves-Marie HILAIRE, *Histoire religieuse de la France 1800-1880*, Toulouse 2000, p. 39. También, *Histoire religieuse de la France-Géographie XIXe-XXe siècles*, Toulouse 2000, p. 45ss.

cesa de subir para culminar en 2.357 en el año 1830. Luego, desciende de una manera regular durante el reinado de Luis Felipe con una cierta recuperación durante sus últimos años de reinado. Se cuentan 1.309 sacerdotes en 1847. Después, el movimiento es irregular con una bajada sensible durante la primera mitad del Segundo Imperio con 1.196 ordenaciones en 1861⁶.

¿Dónde se forma este clero joven? Bajo el Antiguo Régimen, los pastores celosos habían –junto con los seminarios indicados por el Concilio de Trento–, reagrupado en torno a sí a los más piadosos o a los más dotados para orientarlos hacia el sacerdocio. Se trataba de facilitarlos in situ, en la casa parroquial, un clima favorable para el estudio y para la oración. Estas iniciativas privadas sobrevivieron durante la Revolución porque se encuentran estas escuelas parroquiales en la región de Nantes, en la Vendée, en los Doubs, la Alta Saona o el Jura⁷. Estas escuelas perdurarán a inicios del siglo XIX. Una estadística de 1828 contabiliza aún 2.355 aspirantes al sacerdocio que estudiaban en las casas parroquiales. Cabe recordar, al respecto, que es a finales de 1806 cuando J.M. Vianney empieza a recibir las clases de Charles Balley en la casa parroquial de Ecully y que al año siguiente esta casa parroquial se cuenta entre las casas de educación particulares del departamento del Ain⁸. En la diócesis de Besançon existen, hacia 1810-1812, una veintena de estas «pequeñas escuelas eclesiásticas». Adaptadas al estrecho horizonte de las familias rurales, estas escuelas permiten salvar las vocaciones aún no consolidadas de adolescentes en busca de instrucción pero desprovistos de recursos.

El reglamento está lo suficientemente aligerado para adaptarse a las circunstancias, porque el sacerdote puede verse obligado a interrumpir en cualquier momento su enseñanza por las necesidades del ministerio, visitas, catecismo, ceremonias. Don Courtais, en Maisdon (diócesis de Nantes) había establecido el siguiente horario: levantarse a las cinco; aseo y oración en la sala común. Misa, desayuno y estudios «ya sea en el dormitorio ya sea en los jardines»⁹. A las nueve clase hasta las once cuarenta y cinco, examen particular, almuerzo, recreo y, a media tarde, estudio de la filosofía y la teología. Después de la cena, recreo, lectura espiritual y oración de la tarde. El contenido de los estudios depende, lógicamente, de los conocimientos del profesor y de su propia experiencia formativa, ya que este propedéutico está dirigida a un público con aptitudes desiguales. Los cursos de escritura y de lectura y de canto son completados por una iniciación al latín

⁶ Fernand BOULARD, *Essor ou déclin du clergé français*, Paris 1950, p. 101; También, Joseph BRUGERETTE, *Le prêtre français et la société contemporaine*, I, *La restauration catholique (1815-1871)*, Paris 1933.

⁷ Por ejemplo, Paul HUOT-PLEUROUX, *Le recrutement sacerdotal dans le diocèse de Besançon de 1801 à 1960*, Paris 1965, p. 86.

⁸ René FOURREY, *Jean-Marie Vianney curé d'Ars-Vie authentique*, Paris 1981, p. 29-30.

⁹ Abbé RICORDEL, *L'enseignement ecclésiastique dans le diocèse de Nantes après la Révolution, les collèges communaux, les écoles presbytérales*, Vannes 1891, p. 55.

con, como en Maisdon, unas nociones elementales de filosofía y de teología. Pero, con frecuencia la piedad, de la que se hacía honor, no era suficiente para paliar la falta de formación de estos profesores improvisados. Si el papel de esas escuelas no puede despreciarse en el relanzamiento del reclutamiento de clero, la tasa de perseverancia variaba mucho de un caso a otro. En Locmaria, en la diócesis de Quimper, solo tres de los once discípulos de Le Hir, en 1818, siguieron hasta su ordenación¹⁰.

Se recordará, con nostalgia, este tipo de pre-reclutamiento, pero su desaparición progresiva era inevitable. Los obispos divisaron rápidamente una formación más homogénea poniendo en pie seminarios menores, viveros de vocaciones más controladas y más cuidadas¹¹. Estos seminarios son establecidos con mayor o menor celeridad según las diócesis «como condición necesaria para la existencia de seminarios mayores». En 1834 encontramos 13.825 seminaristas en seminarios menores, aunque estos pueden escolarizarse en casas mixtas frecuentadas por alumnos llamados *eclesiásticos* y alumnos laicos que no tienen previsto servir a la Iglesia. Sin embargo, algunos obispos como monseñor Duvoisin, obispo de Nantes, bajo el Imperio, lamentarán tener que acoger esta población mixta. Por el contrario, el seminario menor de Meximieux (diócesis de Belley), fundado en 1807, fue concebido desde sus inicios como un establecimiento exclusivamente clerical, acogiendo a futuros seminaristas de la Bresse, de las Dombes e incluso de numerosas parroquias del Haut-Buge¹². El estado, dentro del cuadro de monopolio universitario instaurado por Napoleón en 1806, mirará con suspicacia estos establecimientos susceptibles de competir con los colegios comunales y los liceos. Habrá que esperar a la primera Restauración para obtener de Luis XVIII, en octubre de 1814, la posibilidad para los seminarios menores de instalarse en el campo, y así los alumnos ya no estarán obligados a seguir los cursos en los establecimientos públicos y los obispos podrán nombrar directamente a los responsables. Con frecuencia, se evocará la prohibición de recibir alumnos externos con la obligación para los alumnos de vestir de eclesiásticos¹³. Igualmente, la cuestión financiera será uno de los elementos de fricción entre el episcopado y los poderes públicos como, por ejemplo, en septiembre de 1830, la supresión de 8.000 medio becas destinadas a los alumnos necesitados. Todo esto no impidió, no obstante, la continua creación de estos seminarios menores, incluso dos por diócesis. En vísperas de la Revolución de 1848, cuarenta y nueve diócesis tenían un seminario menor y veinticinco

¹⁰ Yves LE GALLO, *Clergé, religion et société en Basse-Bretagne de la fin de l'Ancien Régime à 1840*, I, Paris 1991, p. 447.

¹¹ Louis SECONDY, *Place et rôle des petits séminaires dans l'enseignement secondaire en France au XIXe siècle*, en RHEF, 46 n° 177 juillet-décembre 1980.

¹² Philippe BOUTRY, op. cit. p. 201.

¹³ Marcel LAUNAY, *Les séminaires français aux XIXe et XXe siècles*, Paris 2003, p. 32ss.

dos, Soisson, Besançon y Saint Briec tres, y Lyon cinco. Sobre el total de seminaristas menores censados en 1834, el cincuenta y cinco por ciento terminaban sus estudios secundarios y solo 1.421 entraban en el seminario mayor, es decir, un cuarenta por ciento.

¿Cual era la formación que se impartía en estos establecimientos? En sí mismos parecen preferibles los seminarios menores instalados en el campo que en la ciudad: «El seminario menor de Guérande (diócesis de Nantes), gracias a su buen espíritu y al alejamiento de las grandes ciudades, ofrece garantías serias de conservación de las vocaciones»¹⁴. Es esencial acostumbrarse desde un principio a vivir separados del mundo. Si al principio de la reconstrucción post-concordataria los edificios solían ser muy modestos, hacia la mitad del siglo y gracias a la política edilicia de los obispos, surgirán en los cuatros puntos cardinales casas adecuadas a la formación de la juventud. Abierto en 1856 con edificaciones adaptadas a su función, en medio de un parque al borde del Loira, el seminario de la Chapelle-Saint-Mesmin es el tipo de colegio ideal: «Era un gran edificio cuadrado, con un patio interior, rodeado de claustros, y la capilla se disponía a lo largo de uno de los lados»¹⁵.

Un reglamento, cuya severidad no tiene nada que envidiar a la de otros establecimientos de enseñanza secundaria de la época, preside el orden de los alumnos. Clases, estudio, ejercicio de piedad jalonan la vida del seminario menor, donde incluso el horario impone más empeños académicos que ejercicios religiosos. Se insiste en los programas en el estudio de la religión «la primera de todos», del latín «indispensable para adquirir la ciencia eclesiástica», de la historia y la geografía con elementos de matemáticas o de ciencias naturales. Sin embargo, el valor de la formación intelectual es durante mucho tiempo desigual. Levantar el nivel de los estudios será la preocupación de algunos formadores. En 1828, F. de Lamennais, al fundar la Congregación de San Pedro, no ve otra cosa¹⁶. Exigencia y sublimación, estos son los caracteres de esta formación que algunos aceptan sin rechistar, pero que otros soportan a duras penas. El ambiente espiritual es una introducción a una vida diferente propuesta como un modelo que se impone como un bloque. Un ideal de vida sacerdotal del cual no se intenta para nada minimizar sus exigencias delante de los adolescentes: «La vida clerical debe ser un libro siempre abierto donde los laicos encuentran lecciones de sabiduría, de modestia, de piedad y de todas las virtudes». Si la vida de piedad es, evidentemente, promo-

¹⁴ Jean René CHOTARD, *Séminaristes... une espèce disparue ? Histoire et structure d'un petit séminaire. Guérande (1822-1966)*, Sherbrooke 1977, p. 100; También, Louis SECONDY, *De Saint-Pons à Saint Roch, les petits séminaires et les écoles presbytérales du diocèse de Montpellier de 1750 à 1979*, Montpellier 2000.

¹⁵ F. LAGRANGE, *Vie de Mgr Dupanloup*, Paris 1883, II, p. 107.

¹⁶ Michel LAGRÉE, *Mentalités, religion et histoire en Haute-Bretagne au XIXe siècle. Le diocèse de Rennes (1815-1848)*, Paris 1977, p. 203.

cionada, esta se dirige más a sostener una atmósfera religiosa que a desarrollar una verdadera vida interior. La adaptación a este ambiente es la prueba determinante que condiciona la entrada al seminario mayor más que los resultados escolares en sí mismos; aun sí, a mediados de siglo, los responsables se muestran más exigentes en todos los campos.

La etapa decisiva en la historia de una vocación y de su acceso a las *órdenes* es la del seminario mayor. El artículo once del Concordato, como los Artículos orgánicos (23 y 24) de 1802, acuerda la posibilidad a cada obispo de organizar en su diócesis un seminario mayor, a condición de que se encarguen de encontrar un edificio y de contratar a los profesores¹⁷. Todo debía empezar de cero, y esta fue una de las preocupaciones del episcopado, reconstruir cuanto antes una enseñanza destinada a unos candidatos que no estaban dispuestos a acudir en masa y de prisa a las puertas de los edificios destinados a acogerlos. Conviene recordar que el primero, monseñor Emery, en diciembre de 1800, en condiciones muy precarias, había reabierto ilegalmente el seminario de San Sulpicio¹⁸. Teniendo en cuenta las dificultades financieras de las diócesis y la modestia de recursos de los estudiantes mayoritariamente de origen rural, el Imperio creará en 1807, 2.400 becas de 400 y 200 francos. Bajo la Restauración, la ordenanza del cinco de junio de 1816 eleva el número de estas becas a las 3.000, pero la Monarquía de Julio las reducirá a 500. Pero aún hacia falta encontrar alojamientos adecuados y profesores para formar a los estudiantes.

Por retrocesión o por nueva adquisición los seminarios mayores reabren sus puertas, en 1804 en Vannes, en 1805 en Rouen y en Besançon, y en 1806 en Grenoble. En 1814, cincuentas y dos casas funcionan y ochenta y una en 1820 con un total de 5.674 estudiantes y 12.698 en 1830¹⁹. Los inicios del siglo son particularmente difíciles. En Angers se usa la antigua abadía de San Sergio, muy deteriorada, y en Toulouse, en 1806, se compra una pequeña casa con patio y jardín pero que no puede acoger más que diecisiete alumnos. En Bourges, se ocupa la iglesia del antiguo capítulo que no tiene ninguna funcionalidad y allí se instalan habitaciones y aulas. En 1818, sesenta estudiantes viven hacinados: «Estos pobres chicos, mal alojados durante un largo curso de ejercicios duros y penosos, salen enfermos y agotados y los *teólogos* están pálidos y flacos»²⁰. La afluencia de candidatos llevará a una reflexión sobre la necesidad de una política de nuevas construcciones. En 1820, en París, San Sulpicio da ejemplo contando con edificios sólidos para los teólogos que se concluirán en 1838 por el precio de 2.100.000 francos; mientras los filósofos residirán

¹⁷ Jean-Michel LENIAUD, *L'administration des cultes pendant la période concordataire*, Paris 1988.

¹⁸ Jean LEFLON, *Monsieur Emery*, II, Paris 1946, p. 210.

¹⁹ Marcel LAUNAY, op. cit., p. 44.

²⁰ Christian DUMOULIN, *Un séminaire français au 19e siècle. Le recrutement, la formation, la vie des clercs à Bourges*, Paris 1978, p. 96.

aún en el viejo edificio de Issy²¹. A mitad de siglo se está aún lejos de una solución satisfactoria. En 1850, Viollet-le-Duc dibujará un cuadro lamentable del estado de estos edificios: De los ochenta arzobispados y obispados y de los ochenta seminarios mayores, la mitad necesitarían grandes reparaciones, un cuarto de ellos una reconstrucción total y el último cuarto un mantenimiento equivalente a una reconstrucción total o parcial». Durante el decenio siguiente, se iniciarían grandes obras de reforma, por ejemplo en Nantes y Coutances.

La reconstitución de un cuerpo de profesores permanecerá aún durante un tiempo como una cuestión problemática. En San Ireneo de Lyon, donde llega J. M. Vianney en 1833, son jóvenes profesores del clero diocesano los que reemplazan a los sulpicianos prohibidos por Napoleón, la mayor parte de ellos recién acabados sus estudios. Por su edad, se encuentran más cercanos a los seminaristas y por lo tanto, más abordables²². Progresivamente se reconstruyen las compañías de sacerdotes especializados en la formación de los futuros sacerdotes, lazaristas o sulpicianos. Estos últimos, con la tradición que representan y el modelo que encarnan, constituyen para el conjunto de obispos y de superiores un ejemplo²³. Será bajo su influjo que una cierta uniformización de la duración de los estudios se pondrá por obra y será profusamente imitado: uno o dos años de filosofía y cuatro años de teología. A mediados de siglo, después de situaciones difíciles, la media de los estudios bajo el régimen obligatorio de internado es de cinco años: cuarenta y siete diócesis tienen un año de filosofía, diecisiete dos, y cincuenta y seis diócesis tienen cuatro años de teología. Teniendo en cuenta este ciclo formativo, la mayoría de los candidatos al sacerdocio accederán a él con veinticinco años, si todo va bien.

El universo del seminario mayor es un universo cerrado. Abstracción e interiorización marcan los años de preparación hasta la ordenación dentro de la gran tradición de la Escuela francesa de espiritualidad del siglo diecisiete, centrada en la «eminente dignidad del sacerdote» en la que los discípulos de Olier basaban su enseñanza²⁴. Desde este punto de vista, el reglamento es una escuela de ascetismo en la que los elementos fundamentales son la obediencia, el silencio, la mortificación, respecto a los otros y a uno mismo, y el espíritu de caridad. Se trata de proporcionar al sacerdote un capital de virtudes y de hábitos, encuadrándolo en una red de prescripciones detalladas y meticulosas que E. Renan evocará en sus recuerdos de San

²¹ *Le séminaire Saint-Sulpice à Issy-les-Moulineaux* (anonyme), Paris 1990, p. 23; también, Pierre BOISARD, *La compagnie des prêtres de Saint-Sulpice. Trois siècles d'histoire*, 2 vols., numerados s.l.n.d. y Philippe MOLAC, *Histoire d'un dynamisme apostolique. La Compagnie des prêtres de Saint-Sulpice*, Paris 2008.

²² René FOURREY, op. cit. p. 54.

²³ Claude LANGLOIS, *Le temps des séminaristes. La formation cléricale en France aux XIXe et XXe siècles*, en *Problèmes d'histoire de l'éducation*, Ecole française de Rome, Rome 1988, n° 104.

²⁴ Raymond DEVILLE, *L'Ecole française de spiritualité*, Paris 1987.

Sulpicio: «El reglamento, las costumbres y el espíritu de la casa lo hacen todo; los hombres son pasivos, están allí solo para conservarlos. Es una máquina bien montada desde hace doscientos años; marcha sola, el mecanismo vela por ellos, como mucho, de tanto en tanto, hay que apretar una tuerca o lubricar un resorte»²⁵. La disciplina puede ser más o menos puntillosa, pero el espíritu es el mismo, el que había definido, ya en el siglo diecisiete Tronson en sus *Exámenes particulares*, cuyas reediciones sucesivas fueron el manual de referencia en los seminarios. La vida cotidiana de la comunidad es casi monástica, ritmada por el llamamiento de la campana tocada por el encargado del reglamento.

Los estudios no son más que un elemento de este aprendizaje del estado clerical que, de un puesto secundario a inicios del siglo, será progresivamente revalorizado con desigualdades según los lugares. «Desconfiemos de los sabios»: esta consigna de un superior de los años cuarenta podría haber sido suscrita en la mayor parte de las diócesis de la época. El manual es el corta fuegos y el dispensador casi exclusivo de los conocimientos a través de los comentarios de los profesores. El seminarista, por su parte, tiene su cuaderno de notas, el *compendium* redactado, teóricamente en latín y que le sirve de base a la hora de las correcciones. El Concilio de Trento había fijado los grandes campos que el candidato al sacerdocio debía explorar: la santa Escritura, la predicación según los Padres de la Iglesia, la liturgia y la pastoral de los sacramentos. En 1856, Pío IX enumerará además el dogma, la moral, la historia y el derecho canónico. Este programa no se impondrá en Francia, sino progresivamente en función de las capacidades del cuerpo de profesores²⁶. En filosofía, el manual más corriente, escrito en un *latín fácil*, es hasta los años 1840 la reedición de la *Filosofía de Lyon* del oratoriano del siglo dieciocho Valla, y hasta 1852, fecha de su entrada en el Índice, reina en los seminarios la *Theologia dogmatica et moralis* de Bailly. Hacia 1840, cursos específicos de Historia de la Iglesia son creados en Metz, Montpellier, Marsella y Cambrai. Para la sagrada Escritura, los comentaristas ignoran la crítica textual y es considerada solamente como un alimento para la piedad y la edificación de los jóvenes clérigos. La mediocridad de los estudios ha sido, no obstante, denunciada por pioneros de la materia, tales como Lamennais, monseñor Affre o monseñor Dupanloup. Habrá que esperar a la segunda mitad del siglo para constatar la emergencia de las novedades, aunque desigual según los seminarios²⁷.

²⁵ Ernest RENAN, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, Paris 1888, p. 203-204.

²⁶ En el seminario mayor de Bron, en la diócesis de Belley, en sus inicios solo se enseñaba la teología dogmática y la teología moral. En 1836 se creó un curso de elocuencia. En cuanto al curso de Sagrada Escritura, no apareció hasta 1831. Cf. Philippe BOUTRY, op. cit. p. 205.

²⁷ Cf. Philippe BOUTRY, *Vertus d'état et clergé intellectuel: la crise du modèle sulpicien dans la formation des prêtres français du XIXe siècle*, en *Problèmes d'histoire de l'éducation*, op. cit. También, Paul AIRIAU, *Les séminaires diocésains français 1880-1914*, en RHEF, 91 enero-junio 2005, p. 83ss.

II. EL CUADRO PARROQUIAL

Una vez ordenados, los jóvenes sacerdotes, se dedican al ministerio parroquial (el ochenta y seis por ciento del clero está activo en 1821). La parroquia ha sido el espacio significativo para millones de personas en el mundo rural. Las tres cuartas partes de los treinta y cinco millones de franceses a mitad de siglo, han nacido, se han casado y han fallecido bajo la batuta de sus pastores, los *buenos sacerdotes*, temidos, admirados o contestados en su enseñanza de la *fe de nuestros padres*. Estos se inscribían en función del Concordato en un *juego a tres bandas*, el clero, los fieles y el Estado²⁸. Funcionarios, gozaban de protección legal y de privilegios pero sufriendo, en razón de sus funciones, ciertas obligaciones especialmente por la aplicación de los Artículos orgánicos, cuadro constringente impuesto unilateralmente por el poder. La unión Trono-Altar bajo el Segundo Imperio y la Restauración, la coalición del «cuerpo de guardia y de la sacristía» a inicios del Segundo Imperio han sido contextos políticos que han podido provocar por reacción un anticlericalismo latente con consecuencias no despreciables para la relación pastoral en el nivel parroquial²⁹.

Con el Concordato se inicia una reorganización del mapa eclesiástico con una parroquia por juez de paz y las *sucursales* que se consideren necesarias, reconocidas oficialmente o no. Parroquias o sucursales pueden corresponderse con los municipios, pero no siempre sucede así. Al final del Imperio existían 2.855 parroquias y 26.000 sucursales. Esta fue una de las reivindicaciones permanentes del episcopado: obtener nuevas circunscripciones allí donde la carga pastoral era demasiado pesada, desmembrando la parroquia madre. Así, los 230 parroquianos de Ars dependían hasta 1821 de la parroquia de Mizerieux, teniendo derecho solo a una capellanía. Por Real Decreto de 25 de agosto, J. M. Vianney se convertía oficialmente en párroco de la nueva parroquia, que no era en realidad más que una sucursal. En 1848 la cifra de parroquias era de 3.350 y de sucursales más de 29.000, evidentemente con diferente trato para los titulares según la disponibilidad del presupuesto de cultos³⁰. Como la iglesia y el cementerio esculpían en piedra la continuidad de la comunidad aldeana, la comunión de los muertos y los vivos, no se concebía, en general, un pueblo sin lugar de culto.

El *buen sacerdote*, cualquiera que fuera su situación oficial, debía disponer de una iglesia y una casa parroquial. La Iglesia se identifica con los *legados inmemoriales* de la fe de la comunidad, al tiempo que descubre el *espíritu de campanario* que la caracteriza en relación a sus vecinos³¹. Ella domina la villa y acoge al hilo de las

²⁸ Brigitte BASDEVANT-GAUDEMET, *Le jeu concordataire en France au XIXe siècle*, Paris 1998.

²⁹ Denis PELLETIER, *Les catholiques en France depuis 1815*, Paris 1997, p. 16ss.

³⁰ En 1816 la remuneración de los párrocos de primera clase era de 1.100 francos, la de los sucursalistas de 600 y 200 para los vicarios «salvo los de villas de gran población».

³¹ Gabriel LE BRAS, *L'Eglise et le village*, Paris 1976, p. 17.

estaciones a los vivos y a los muertos en sus diferentes etapas de vida cristiana. Algunas diócesis tienen la suerte de poseer un patrimonio antiguo que hay que salvaguardar, pero el período revolucionario a menudo ha condicionado el estado de los edificios religiosos. Se debe, pues, repararlos o reconstruirlos, teniendo en cuenta las reducidas dimensiones de las antiguas iglesias para recibir a los fieles. Una verdadera fiebre de construcción, en estilo neo-romano o neo-gótico, se apodera entonces de los párrocos según las capacidades financieras de que disponen con la generosa ayuda de los fieles. Así, en la diócesis de Nantes, durante los veinte años de su episcopado, monseñor Jaquemet, entre 1849 y 1869, bendice setenta y nueve nuevas iglesias³². En el vecino Anjou, doscientos monumentos testimonian este entusiasmo desde inicios del siglo hasta el final del Segundo Imperio, y en la diócesis de Burdeos, el decenio de 1837-1847, contempla cincuenta y tres nuevos edificios. No olvidemos, que el mismo Cura de Ars hizo construir en 1820 un nuevo campanario y engrandeció su iglesia en sucesivas etapas. Habría que añadir a todo esto las numerosas construcciones de casas parroquiales que dan fe de este espíritu emprendedor sostenido por el Estado, las fábricas, los ayuntamientos, sin dejar de lado el apoyo a menudo indispensable de los parroquianos que participan en estas construcciones o que ofrecen los materiales necesarios, madera para los carpinteros, etc.

III. LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Al día siguiente del Concordato el clero estaba de acuerdo en deplorar la ignorancia de las poblaciones a su cargo. Durante los decenios siguientes, se ha subrayado con acierto que la pastoral de la época puso el acento especialmente en un *Dios terrible para los malvados*, y en una religión severa tal como era propuesta en la catequesis o la predicación. Sin embargo, y a pesar de las resistencias, la mitad de siglo conocerá el paso de un *Dios temible* al *buen Dios* y el redescubrimiento de Jesucristo salvador con el declinar del rigorismo y el progreso del ligorismo³³. La preparación para la primera comunión es un tiempo fuerte de catequesis. La regla general preveía un pequeño catecismo cuyo objetivo era *despertar la conciencia de los niños hacia lo sobrenatural*, después el catecismo de la primera comunión para preparar a su recepción hacia la edad de doce años, y finalmente el catecismo de perseverancia, más difícil de imponer, entre la comunión y la confirmación. Las

³² Marcel LAUNAY, *Le diocèse de Nantes sous le Second Empire*, II, Nantes 1982, p. 494ss. Con una mayor amplitud, Chantal BOUCHON, Catherine BRISAC, Nadine-Josette CHALINE, Jean Michel LENIAUD, *Ces Églises du XIXe siècle*, Amiens 1993.

³³ Pierre PIERRARD, *La vie quotidienne du prêtre français au XIXe siècle 1801-1905*, Paris 1986, p. 410ss. También, Jean GUERBER, *Le ralliement du clergé français à la morale ligurienne*, Rome 1973.

sesiones se escalonan habitualmente de octubre al domingo de la Trinidad, a una *bora cómoda*. El invierno es la estación más propicia, porque en verano los padres retienen a los niños para los trabajos de los campos. Los curas muy a menudo se contentan con *machacar* el manual en uso sin preocuparse de la pedagogía. Así, en 1841, en Loriol, en la diócesis de Aviñon, el párroco da «una mal instrucción... por el catecismo hablando siempre en patois con expresiones soeces y groseras de lo cual tanto padres como niños se han quejado». En la diócesis de Orleáns la encuesta de 1850 revela que estas enseñanzas son aún muy sencillas. Todo depende, en la práctica, del celo del pastor. Siendo la primera comunión la coronación de la iniciación religiosa, rito de paso, igualmente, de la adolescencia a la edad adulta y ocasión para una fiesta familiar a la cuál es difícil escapar, incluso en los medios menos fervorosos³⁴.

Prolongando este despertar doctrinal, existe para el conjunto de los fieles la predicación dominical. Este aspecto del ministerio es incluso considerado como uno de los oficios más onerosos y más temidos entre el clero. En muchas parroquias, hasta la Monarquía de Julio, la predicación desde el púlpito solo está asegurada en las misas solemnes. A partir de ese momento se predicará también en las misas rezadas. Pero la norma está lejos de generalizarse, algunos pastores no predicán nunca o cesan de hacerlo durante el verano para no retener demasiado tiempo a sus fieles en la misa³⁵. Se constata que gran parte de los sermones están compuestos a partir de sermonarios clásicos del Antiguo Régimen constantemente reeditados. El mismo Cura de Ars, en los inicios de su ministerio, recurrirá al *Cours d'instructions familières* del canónigo Bonnardel, de Autun, antes de lanzarse a las improvisaciones tan apreciadas por sus parroquianos³⁶. Para ganarse su salvación, *asunto de eternidad*, muy a menudo se colocan los temas morales en el centro de la predicación, una moral fundamentada en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, con la denuncia de los pecados, la exaltación de las virtudes que hay que practicar y la repulsa de los *vicios* que deben ser evitados. Sin embargo, este moralismo seco será sustituido poco a poco por una espiritualidad renovada que restaura los derechos de la afectividad y anima a la participación en los misterios de la vida de Cristo³⁷. La cuestión del uso de la *lengua de nuestro padres* para la enseñanza de la fe, bretón, occitano o el mismo patois en el campo, es debatido aunque sobrevivirá en muchas regiones hasta finales de siglo³⁸.

³⁴ Jean DELUMEAU (dir.), *La première communion. Quatre siècles d'histoire*, Paris 1987.

³⁵ Marcel LAUNAY, *Le ciel et la terre. L'église au village (XIXe siècle)*, Paris 2009, p. 45ss.

³⁶ Algunas de estas fuentes de su predicación se pueden recabar en René FOURREY, *Ce que prêchait le curé d'Ars*, Dijon 2009.

³⁷ Elisabeth GERMAIN, *2 000 ans d'éducation de la foi*, Paris 1983.

³⁸ Michel LAGRÉE, *Les parlers de la foi. Religion et langues régionales*, Rennes 1995.

IV. LA PARROQUIA SANTIFICADA

Si la transmisión de la fe tiene como objetivo asegurar para un gran número de personas sus mismos fundamentos, también se inscribe en un horizonte más amplio, el de la restauración soñada de una sociedad tradicional protegida de la modernidad. La vida parroquial está ritmada por el año litúrgico que encuadra a los fieles desde su nacimiento hasta su muerte. En este contexto, se comprende la importancia que los párrocos otorgan a las prácticas regulares. El contraste entre las diócesis muy practicantes y las que tienen una práctica irregular, es decir, minoritaria, marca el mapa religioso de Francia. La tasa de asistentes a la misa, habiendo aumentado de un modo general después de 1830, alcanza su punto culminante en 1860³⁹. Para explicar el absentismo, los párrocos evocan el trabajo dominical contra el cual combaten sin reposo, como J. M. Vianney que «habla, en el púlpito, con tanta insistencia y tanto ardor de la santificación del domingo y de las fiestas de precepto que llegó un momento en que nadie más se aventuró a ir a trabajar en el campo los días prohibidos». A pesar de estas amonestaciones, se puede decir de una manera general que la costumbre de trabajar los domingos gana terreno a partir de 1848. Esto es más evidente en las regiones poco fervorosas. Así, en la cuenca parisina, en Beauce: «grandes agricultores, preocupados por el cuidado de su fortuna, trabajan incluso el domingo, de tal manera que las iglesias con frecuencia están desiertas»⁴⁰.

La misión parroquial heredada del Antiguo Régimen constituye un tiempo fuerte de la pastoral. Reaparece esta práctica cada cuatro o cinco años y se desarrolla habitualmente entre octubre y junio, entre quince días y tres semanas, en función de las ocupaciones diversas de las poblaciones rurales en las que los trabajos del campo podían obstaculizar la participación. Se ha insistido sobre todo en las grandes misiones urbanas de la Restauración, pero también existieron centenares de parroquias rurales que recibieron la misión⁴¹. Obra de misioneros diocesanos o de miembros de órdenes religiosas tradicionales como los franciscanos, capuchinos, jesuitas, etc... se desarrollan por todos lados, de un modo clásico, con tiempos fuertes como la comunión general, la *ofrenda honorable*, la consagración a la Virgen y la clausura particularmente solemne con la erección de la cruz o de un calvario⁴². Los temas abordados a lo largo de esas semanas se ocupan, por lo general, más de la moral que del dogma, centrando la enseñanza en la salvación individual. Por lo

³⁹ Gerard CHOLVY y Yves-Marie HILAIRE, *Géographie religieuse de la France*, op. cit. y Robert BECK, *Histoire du dimanche de 1700 à nos jours*, Paris 1997.

⁴⁰ Christianne MARCILHACY, *Le diocèse d'Orléans au milieu du XIXe siècle*, Paris 1964.

⁴¹ Sobre una misión urbana, cf. Gaston BORDET, *La grande mission de Besançon, janvier-février 1825. Une fête contre-révolutionnaire, néo-baroque ou ordinaire?*, Paris 1998.

⁴² Christian SORREL y Frédéric MEYER (dir.), *Les Missions intérieures en France et en Italie du XVIe au XXe siècle*, Chambéry 2001, p. 347ss.

tanto, es útil suscitar un *temor saludable* para reunir a las *ovejas perdidas* en el redil. Los resultados obtenidos varían grandemente de una parroquia a otra y las misiones sirvieron más para mantener la fe de la *parte practicante* de los fieles que para conquistar nuevas almas.

V. LA SOCIABILIDAD CLERICAL

En primer lugar, uno se puede imaginar la imagen que se tiene del sacerdote tanto en las poblaciones ubicadas en las regiones menos religiosas como en las parroquias más fervorosas. El sacerdote está considerado a todos los efectos como un hombre fuera de lo común porque es más culto que el resto de los miembros de la comunidad, al menos en el ámbito rural. Frente a las *fuerzas malignas* de las cuales se siente víctima, el sacerdote muestra la verdadera naturaleza de sus poderes. Es considerado como el anti brujo por excelencia. La literatura popular está repleta de historias en que el sacerdote, gracias al agua bendita, inmoviliza al diablo, lucha cuerpo a cuerpo con él, libra a los que ha poseído⁴³. Todo el mundo sabe que el Cura de Ars se encontró, según el mismo decía, enfrentado al *Espíritu de las tinieblas*, al *grappin*⁴⁴ que él echaba por el signo de la cruz o con *palabras de desprecio*. Si la salvación eterna de sus fieles es la gran tarea del pastor, este tampoco desprecia el cuidado y el consuelo de sus cuerpos enfermos. A esta imagen de *hechicero del cielo* temido o verdaderamente amado, se une el reproche recurrente de la venalidad.

En un primer círculo, gravitan en torno a él el personal de la iglesia, sacristán, pertiguero, chantre, organista, etc., y los miembros de la fábrica que según el artículo veintisiete de los Artículos orgánicos, velan por «el mantenimiento y la conservación de los templos, y la administración de las limosnas». Dos miembros lo son de derecho: el párroco y el alcalde, lo que puede llevar a conflictos porque la insuficiencia de los ingresos de una sucursal hace depender a la fábrica y al párroco de los subsidios municipales⁴⁵. Para el clero, la tentación de utilizar el poder civil para crear un clima de moralidad es fuerte, sobre todo en las ciudades, y en poblaciones poco dispuestas a respetarla. Un buen alcalde debe cerrar los cabarets durante los oficios eclesiásticos, velar por la observancia del descanso dominical, dar ejemplo de una vida irreprochable. Durante la Monarquía de Julio los magistrados nombrados por el poder y escogidos entre los notables se muestran con frecuencia, a los ojos de los sacerdotes, como anticlericales. El periodo entre 1830 y 1848 conoce una ola de denuncias de parte de los primeros por motivos políticos: aparición de

⁴³ Eugen WEBER, *La fin des terroirs. La modernisation de la France rurale (1870-1914)*, Paris 1983, p. 50ss.

⁴⁴ Nota del Traductor: pequeña ancla o conjunto de anzuelos unidos. No existe traducción satisfactoria para este término. Se ha usado frecuentemente, bellaco.

⁴⁵ Jacques LAFON, *Les prêtres, les fidèles et l'Etat: Le ménage à trois du XIXe siècle*, Paris 1987.

la bandera blanca en las procesiones, no respetar el *Domine salvum fac Ludovicum*, malas intenciones respecto al gobierno. Es un hecho, por otra parte, que el clero ha permanecido, durante mucho tiempo, fiel al legitimismo⁴⁶. Las relaciones con el maestro escolar pueden igualmente ser complicadas ya que, según las disposiciones administrativas de la época, que le colocaban bajo el control del párroco, se encontraba prisionero de un sistema de relaciones que podían dejarlo a la intemperie tanto frente al estado como frente a la Iglesia. Acumulando diversas funciones, secretario del ayuntamiento, sacristán, chantre, etc., el maestro de escuela, que en principio no es hostil a la religión, se encuentra de hecho en una situación de dependencia estrecha, cultivando incluso un verdadero anticlericalismo⁴⁷. La rivalidad entre las dos escuelas, pública y congregacionista, sobre todo después de la ley Guizot de 1833, exacerbará los conflictos.

Más lejos queda el poder episcopal. El obispo, en general, tiene a su clero estrechamente controlado, sin muchas oportunidades de manifestar su opinión. Las relaciones entre ellos son raras, solo con motivo de alguna visita al obispado o en las visitas pastorales. A excepción de los párrocos de cantón titulares de su oficio y en principio inamovibles, todo el resto del bajo clero está en manos de la administración diocesana. Esta nombra y revoca a su gusto y en unos términos que no dejan lugar a ninguna protesta. En 1839, dos sacerdotes de la diócesis de Viviers, los hermanos Allignol, publicaron un *memorandum* denunciando la arbitrariedad de los obispos y reivindicando la estabilidad sin la cual nada es posible desde el punto de vista pastoral. Esto no tendrá casi efecto sobre la situación general⁴⁸.

No se puede ignorar, en fin, para esta primera mitad de siglo, la difusión progresiva, a partir de los años veinte, de una corriente ultramontana en una parte del clero. Esta corriente insiste, frente a las tradiciones galicanas, en la jurisdicción espiritual del Papado totalmente independiente de cualquier primado temporal. Lamennais ha sido uno de sus impulsores con su obra *De la religion considérée dans ses rapports avec l'ordre politique et civil* (1825), que seguía a *Essai sur l'indifférence en matière de religion* (1817), obras que han tenido un éxito considerable en la joven generación de aspirantes al sacerdocio. Esta exaltación del papado parecía el punto culminante de ese deseo de promover la internacionalización, la espiritualización de la institución eclesial, inspirando formas de piedad originales con las nuevas devociones que reaccionaban contra el rigorismo⁴⁹. Después de 1848 este ultramontanismo triunfará

⁴⁶ Yves DÉLOYE, *La voix de Dieu. Pour une autre histoire du suffrage électoral. Le clergé catholique français et le vote XIXe-XXe siècle*, Paris 2006.

⁴⁷ Brigitte BASDEVANT-GAUDEMET y Germain SICARD, *Les communes françaises. L'enseignement et les cultes de la fin de l'Ancien Régime à nos jours*, Paris 2005. También, Marcel LAUNAY, *Un bon prêtre. Le clergé rural au XIXe siècle*, Paris 1986, p. 435.

⁴⁸ Philippe JOUTARD (dir), *Histoire de la France religieuse*, III, XVIIIe-XIXe siècles, Paris 1991, p. 402.

⁴⁹ Klaus SCHATZ, *La primauté du Pape*, Paris 1992, p. 220ss.

en Francia en conjunción con las *desgracias* del papa y la cuestión de los Estados Pontificios.

Dignidad de vida, incluso ascetismo, buena voluntad, generosidad pero también timidez en su manera de abordar el siglo, así aparece el clero francés en la época del cura de Ars. Los límites de su formación han pesado, sin duda, en el anquilosamiento progresivo de los pastores frente a una modernidad vista como una amenaza. Este hecho, se acentuará durante la segunda mitad de siglo frente a un anticlericalismo cada vez más amenazante.